

el duplicado precepto de morir y de resucitar; Dios nos lo impone, y en cumplirlo está nuestra felicidad. Muere el ciudadano por su príncipe y por su patria; muere el hombre por necesidad de naturaleza y en pena del pecado; pero si muriendo así no morimos al mismo tiempo por Dios, por obedecerle, y en union con la muerte de Jesucristo, la muerte para nosotros es una pura pérdida, y nos priva de poder con ella gustar la gloria y recibir la recompensa; mas la muerte en Jesucristo es un esfuerzo de amor, cuyo fruto todo entero lo gozaremos nosotros en una vida eterna.

Peticion y coloquio.

¡Oh buen Pastor que habeis querido morir por nosotros! ¿Qué otra cosa puedo yo desear sobre la tierra, sino la gloria y la felicidad de morir por Vos, á fin de reinar eternamente con Vos? Amen.

MEDITACION CLXXXVII.

DE LA DISENSION OCASIONADA ENTRE LOS JUDÍOS POR EL DISCURSO PRECEDENTE.

(Joan. x. 49-21).

DE TRES ESTADOS DE LUZ EN ÓRDEN Á LOS MISTERIOS DE JESUCRISTO.

Primer estado, el de los judíos al tiempo del Salvador; segundo estado, el de los cristianos en este mundo; tercer estado, el de los justos en el cielo.

PUNTO I.

Primer estado, el de los judíos al tiempo del Salvador.

El primer estado es aquel en que se hallaban los judíos cuando el Salvador les hablaba. El grado de luz que recibían era aun débil y rodeado de nubes. Pero no obstante la oscuridad esparcida en los discursos del Salvador, si sus corazones hubieran sido dóciles, y hubieran estado bien dispuestos, fácilmente se hubieran reunido en la misma fe, y Jesucristo hubiera sido reconocido de todo el mundo por Hijo de Dios, por el Mesías, por el Salvador de los hombres; pero las pasiones no permitían jamás esta uniformidad de sentimientos. Hubo disension y division entre los judíos, con la ocasion de la sanidad obrada en el ciego de nacimiento... «Nació nuevamente de «sension entre los judíos por estos discursos...»

1.º *Los unos desecharon la luz...* Ciegos de sus prejuicios y de sus pasiones, nada entendieron de este discurso, ni sacaron de él

cosa alguna. Si á lo menos se hubieran quedado en silencio, habrían sido en algun modo excusables; pero la pasion no vive tranquila, ella calumnia, ella está en continuo movimiento. Los mas ciegos son los primeros á decidir y á pretender iluminar á los otros... «Muchos «de ellos decian: Él es un endemoniado, y ha perdido el juicio; ¿por «qué lo oís?...» Hé aquí cómo os han tratado los hombres, ó Salvador mio, en el tiempo mismo en que los instruís sobre el exceso de vuestro amor y sobre la felicidad que estábais resuelto á procurarles.

2.º *Otros vieron la luz...* «Otros decian: Estas palabras no son de «endemoniado...» Bien que estos no comprendiesen todo el sentido del discurso del Salvador, no dejaban de descubrir en él alguna cosa de grande y de resplandeciente, que estaba bien léjos de ser el lenguaje de un endemoniado y de un insensato. Tuvieron valor de decirlo en alta voz, y sostener la causa de Jesucristo, oponiendo su sentimiento al de sus enemigos. Una reflexion tan sábia debia destruir la calumnia y contener sus funestos efectos.

3.º *Algunos finalmente recurrieron á otra luz...* «¿Puede, por ventura, el demonio abrir los ojos á los ciegos?...» No comprendían estos, en verdad, el discurso de Jesús; pero al fin allí se hallaba el ciego de nacimiento: su sanidad justificaba este discurso, y le quitaba suficientemente la oscuridad. No, decían estos, un endemoniado no da la vista á los ciegos, y el demonio no puede comunicar un tal poder. Apoyados sobre la evidencia del milagro, y contentos con la luz que en él hallaban, esperaban el tiempo para que se aclarase; y esperándolo, creían en aquel que hablaba con tanta majestad y dulzura, y que al mismo tiempo obraba tan grandes prodigios. ¿Cómo, pues, no se rindieron los primeros á un razonamiento tan simple, á una prueba tan sensible? Con todo sucedió lo contrario. Los primeros estaban privados de toda razon, y oponían solo absurdos; pero armados de calumnia, y sostenidos de la cábala triunfaron finalmente por abuso de la pública autoridad: debia Jesús quedar debajo, y así cumplió el sentido de sus divinas palabras; pero vino despues el tiempo que triunfó, y resucitando hizo triunfar la verdad, que desechada de los judíos fue recibida en todo el mundo. ¡Ah! seais bendito, ó divino Jesús, por haber guiado así todas las cosas á su fin, para gloria de vuestro Padre, y para nuestra salvacion.

PUNTO II.

Segundo estado, el de los cristianos en este mundo.

El segundo estado, ó sea el segundo grado de luz, es aquel en que estuvieron los judíos al tiempo de la predicacion de los Apóstoles, y en que estamos actualmente nosotros mismos. Este grado, infinitamente mas perfecto que el primero, nos ha explicado todo el sentido de la parábola. No obstante esto, el mismo cisma que se suscitó entre los judíos se halla aun entre nosotros.

1.º *Los unos desechan la luz, y porque nada comprenden no quieren creer cosa alguna...* Un Dios hecho hombre, un Dios hombre, Hijo de Dios, muerto por nuestros pecados; todo esto les repugna, y sin mas exámen lo tratan de necedad, y blasfeman lo que ignoran.

2.º *Otros ven la luz...* Sin comprender toda la sustancia de estos inefables misterios, descubren en ellos tanta grandeza, majestad, orden y sabiduría, que reconocen fácilmente en ellos la obra de Dios: y esto es lo que nos sucederá á nosotros mismos, á la medida que los meditaremos con atencion, con fe y con pureza de corazon.

3.º *Otros finalmente han recurrido á otra luz, á la luz exterior que rodea los misterios, á los milagros y á las profecias que los atestiguan, y que nos aseguran su verdad...* Este es el apoyo de nuestra fe, á que nosotros mismos debemos recurrir con frecuencia, principalmente en las tentaciones contra la fe. Si no comprendemos los misterios de la Religion, esto no es cosa que sorprende, tampoco comprendemos los misterios de la naturaleza. Pero la historia de los prodigios que han acompañado la predicacion de estos misterios, esta historia recibida de todas las naciones, y de ellas enviada á la posteridad, ¿puede, por ventura, ser una fábula? Las profecias que han anunciado al Mesías y su reino, ¿no se han cumplido? ¿No veo, acaso, con mis ojos plantado el Cristianismo en todos los lugares? ¿No veo este rebaño único sobre la tierra compuesto de todas las naciones, y reunido bajo la autoridad de una sola cabeza? ¿No lo veo, por ventura, subsistente en la misma forma, ya ha mas de mil y setecientos años, despues que fue anunciado con esta parábola?... ¿Y podré todavía dudar de la verdad de los misterios que el Cristianismo anuncia? No, no hay otra cosa que la necedad, la obstinacion y el pecado que puedan inducir á cerrar los ojos al resplandor de una luz tan viva. Con todo eso, bien que sea tan sensible la luz demostrada de la religion de Jesucristo, bien que á esta solo se

pueda oponer la estulticia y la absurdidad, triunfarán las pasiones. Le sucederá al mundo entero lo que sucedió entre los judíos y entre muchos pueblos que han perdido ya la fe... Se unirán la calumnia, la cábala y la autoridad para perder á los justos, y á aquellos cristianos creyentes que quedarán sobre la tierra. Pero como la resurreccion de Jesucristo hizo triunfar la verdad, la resurreccion general la manifestará, y la pondrá en todos sus derechos con esta diferencia, que despues de la resurreccion del Salvador, la verdad ha ejercitado solo un imperio de dulzura y de libertad; pero despues de la resurreccion general, ejercerá un imperio de necesidad, que será el castigo de los unos y la recompensa de los otros. ¡Ah! ¡bienaventurados entonces aquellos que habrán creído! ¡bienaventurados aquellos que habrán combatido por la fe, que habrán sufrido y que habrán muerto por ella!

PUNTO III.

Tercer estado, el de los justos en el cielo.

El tercer estado, ó sea el tercer grado de luz, es aquel que se halla en el cielo... Allí ya no habrá jamás sombra, no habrá jamás oscuridad, no habrá jamás fe. Estará el bienaventurado en aquella luz, por la cual el Padre conoce al Hijo y el Hijo conoce al Padre. Vivirá de aquel amor con que el Padre ama al Hijo, porque se ha sacrificado por nosotros. ¡Oh qué amor del Padre! ¡qué amor del Hijo! ¡qué amor de todos los justos que se han salvado por el amor del Padre y del Hijo! ¡Oh amor! ¡oh Espíritu Santo, amor consustancial del Padre y del Hijo! Espíritu que animaréis todos los sentidos de los bienaventurados, que inflamaréis todos sus corazones, y haréis de ellos uno solo con Dios mismo. ¡Ah! dadme una centella de aquel sagrado fuego que me haga suspirar siempre hácia aquel lugar de paz, donde no amaré otra cosa que aquel que ha muerto por mí! Sois verdaderamente felices, ó almas que ya gustáis este amor, y correspondéis á él. ¡Miserables de vosotros, ó pecadores, que no os aprovecháis de un tan grande amor, y que lo despreciáis! ¡Ay de mí! ¡á qué castigos, á qué tormentos os expone vuestra ingratitud y vuestra obstinacion!

Peticion y coloquio.

Seais bendito, ó Jesús, por toda la ternura, por toda la predileccion de vuestro sagrado corazon, particularmente para mí, que soy tan poco digno de vuestras misericordias. No permitais que yo

abuse de ellas, ni que deje de corresponder á vuestro amor. Sostenedme, ó buen Pastor; defendedme contra vuestros enemigos, que son ciertamente los míos; y conducidme á los pastos eternos de la tierra de los vivientes. Amen.

MEDITACION CLXXXVIII.

JESÚS COME EN CASA DE UN FARISEO, DONDE SANA UN HIDRÓPICO.

(Luc. xiv, 1-14).

Jesucristo nos ofrece aquí, ó sea en sus ejemplos, ó sea en sus discursos, los mas sublimes caracteres: 1.º de la caridad; 2.º de la humildad; 3.º de la liberalidad.

PUNTO I.

De la caridad.

1.º *La caridad es complaciente é industriosa...* «Y sucedió que «habiendo entrado Jesús un sábado en la casa de uno de los principales fariseos á comer pan¹, ellos le estaban acechando...» Habiendo Jesucristo dejado á Jerusalem, aquella ciudad indigna de sus cuidados y próxima á hacerse culpable de su sangre, le suministró la Galilea un asilo por mas de dos meses, que destinaba aun á la instruccion de los pueblos y principalmente á la de sus Apóstoles. Aquí fue convidado un dia de sábado á comer en casa de un fariseo de los mas distinguidos de su secta, cabeza ó príncipe de los fariseos esparcidos en aquel contorno. El número de los convidados era grande, y Jesús tuvo la tierna complacencia de asistir allí con intencion de aprovecharse de la coyuntura para edificar, instruir y convencer, y aun, si fuese posible, para ganar á la verdad aquellos con quienes habia de comer. Pero ellos tenian ideas bien diferentes. Bien que no estuviesen tan enardecidos contra Jesucristo como los de Jerusalem, se habian unido en este convite con intencion de observarlo, de examinarlo, y de ver si encontraban en él de qué reprehenderlo. ¡Ah! ¿tenemos nosotros los ojos sobre Jesucristo para admirar sus virtudes, para aprovecharnos de sus instrucciones y para imitar su ejemplo?

2.º *La caridad es preveniente y compasiva...* Se hallaba Jesús en compañía de los convidados antes que se preparase la comida en la mesa... «Y hé aquí que un cierto hombre hidrópico estaba delante «de él...» Este hombre no pidió su sanidad. La caridad de Jesús

¹ Palabra de los hebreos que significa todo lo que sustenta.

previno su peticion. Pero habia allí otros enfermos que su compasion queria disponer á la sanidad, bien que su enfermedad, que procedia solamente de su malignidad, no mereciese alguna atencion. Eran fariseos y escribas dispuestos á escandalizarse de una obra buena hecha en el dia de sábado. Jesucristo, pues, para disipar sus prejuicios, y empeñarlos á reflexionar sobre lo que tan frecuentemente hacia la materia de su escándalo... «dijo á los doctores de la «ley y á los fariseos: ¿Es lícito sanar en sábado?...» ¿Cómo es posible que se necesitase hacer una tal pregunta á los doctores de la ley, si es permitido hacer bien, obrar un milagro, pronunciar una palabra para sanar un enfermo en el dia de sábado? ¡Ah! el pueblo grosero habria fácilmente decidido; pero la ciencia unida al orgullo no sirve sino de cegar y hacer encontrar dificultad donde jamás la hubo, y poner dudas sobre la misma evidencia... Tal es el origen de tantas cuestiones absurdas, á las cuales nuestros doctos impíos encuentran insuperables dificultades... Á la pregunta del Salvador nada respondieron los doctores judíos... «Pero ellos callaron...» Ó sea que no hayan sabido, ó sea que no se hayan atrevido, ó sea que no hayan querido responder, este silencio indica una grande ignorancia, una obstinada ceguedad, ó una vil flaqueza; ó incluye antes bien una indecible perfidia, malignidad y enormidad. El silencio es bueno ó malo, segun los principios de que procede. Examinemos delante de Dios cuál es el motivo del que nosotros observamos en tantas ocasiones.

3.º *La caridad es firme y eficaz...* «Y él tocándolo lo sanó y lo «envió...» El silencio de los fariseos, y toda la malignidad que cubria, no detuvo el curso á la caridad de Jesucristo. Cogió al hidrópico por la mano, lo sanó, y lo volvió á enviar á su casa. La caridad no espera para obrar la aprobacion de todo el mundo: ella tiene los miramientos convenientes; pero sabe despues ser superior al respeto humano, y despreciar una injusta censura.

4.º *La caridad se justifica á despecho de los que la critican...* «Y «les respondió, y dijo: ¿Quién de vosotros, si se le ha caido el asno ó el buey en el pozo, no lo saca luego fuera en dia de sábado? «y no podian replicarle á tales cosas...» Á esta oposicion simple y familiar de su propia conducta no supieron los doctores qué responder, y quedaron tambien reducidos al silencio; de esta manera ciertamente lo serán siempre los censores de la caridad, confrontando su critica con sus propias acciones. Censuran la dulzura y la indulgencia que se usa para con los otros, ¿y qué indulgencia no tienen

ellos para sí mismos? Critican el gasto cuando se trata de buenas obras, y nada dirian si este gastó se hiciese en el juego y para los placeres. Hallan exceso en el ejercicio del celo y en los rigores de la penitencia, y no lo encuentran cuando se trata de procurarse un interés temporal, ó de saciar sus pasiones.

PUNTO II.

De la humildad.

Lo 1.º *La humildad debe regular nuestro exterior...* Llegado el tiempo de ponerse á la mesa, los puestos mas honoríficos fueron ocupados con tanta diligencia, que demostraba bien hasta qué punto llegaba el orgullo de los escribas y de los fariseos. Á este propósito, cuando estuvieron en sus lugares... «Observando tambien como los convidados escogian los primeros asientos les propuso una «parábola, y dijo: Cuando fueres convidado á las bodas no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro convidado mas «digno que tú; y viniendo aquel que te ha convidado á tí y á él, «te diga: da á este el lugar, y entonces comiences á estar con vergüenza en el último lugar; mas cuando fueres llamado, vé y siéntate en el último lugar, para que viniendo el que te convidó, te «diga: amigo, sube mas arriba: entonces serás honrado delante de «que los estuvieren contigo á la mesa; porque todo aquel que se «ensalza, será humillado; y el que se humilla será ensalzado...»

Aplicuémonos esta parábola por lo que toca á todo nuestro exterior. Examinemos si hacemos lo que está prescrito, si nuestra manera de obrar, si el modo con que nos manejamos, con que nos portamos, con que nos vestimos; si los empleos que buscamos, y la manera con que los recibimos, anuncian la humildad. ¡Ay de mí aun entre los hombres mismos el orgullo es castigado con la humillacion, con el odio, con el desprecio; y la humildad es recompensada con la exaltacion, con el amor y con la estima. ¿Qué será, pues, delante de Dios?

Lo 2.º *La humildad debe regular nuestros discursos...* Las leyes del Evangelio y las del mundo se hallan aquí de acuerdo... Un hombre que se alaba á sí mismo y que se ensalza sobre los otros se hace despreciable. Y no obstante esto, ¿en cuántas ocasiones se quebranta esta ley de modestia natural y evangélica? Examinemos nuestras palabras: ¡cuántas disputas, cuántas quejas, cuántas enemistades, cuántas murmuraciones y escándalos evitaríamos si la humildad fuese la regla de todos nuestros discursos!

Lo 3.º *La humildad debe regular nuestros pensamientos en orden al prójimo...* Pongámonos en todas las cosas en el último puesto, desechemos toda la estima del mundo y de nosotros mismos, y todo pensamiento lisonjero de nuestro propio mérito como cosa indigna, vil y vergonzosa que nos cubriria de oprobio delante de los hombres sensatos, si viesen lo que pasa dentro de nosotros... Reflexionemos, al contrario, que ninguno hay en este mundo que por ciertos respetos no valga mas que nosotros, ó sea porque es mas noble, mas poderoso, mas hábil, mas útil, mas inocente, mas fervoroso y mas santo que nosotros... Reflexionemos tambien que en cualquier género que sea, hay algunos superiores á nosotros, y que en su comparacion nosotros somos nada... ¡Oh qué paz profunda gozaríamos si practicásemos esta máxima de humildad, y si en nuestra estimacion y en todos nuestros pensamientos tuviésemos siempre la advertencia de tomar el último puesto, y de reprimir aquel orgullo que tan frecuentemente y tan injustamente nos hace tomar el primero!

Lo 4.º *La humildad debe regular nuestros sentimientos internos respecto á Dios...* El Evangelista nos advierte, que lo que aquí dice el Salvador es solamente una parábola, para que pensemos bien que el asunto del Salvador no era ya el enseñarnos á evitar una confusion, ó merecernos cualquiera gloria delante de los hombres, sino á evitar la confusion eterna que consigo trae delante de Dios el orgullo, y á procurarnos la sólida gloria con que será recompensada la humildad en su tribunal. Nos conviene, pues, principalmente delante de Dios, ponernos en el último puesto; reconozcamos delante de él nuestra nada, nuestra impotencia, nuestra indignidad, nuestros pecados, nuestros deméritos. Si no caemos en los últimos excesos, á él somos deudores. Si hacemos cualquiera cosa buena, todo enteramente lo debemos á él... Soportemos, pues, las tentaciones como el efecto de nuestra miseria y la consecuencia funesta de nuestros pecados, y esperemos nuestra ayuda de Dios solo, al cual debemos recurrir incesantemente... Persuadidos de nuestra extrema debilidad y de nuestras malas inclinaciones, huyamos con toda diligencia las mas pequeñas ocasiones del mal. En la sequedad reconozcamos nuestra indignidad, y continuemos á orar y á obrar confesando que nada merecemos. Si experimentamos cualquiera consolacion, démosle á Dios las gracias con tanto mayor reconocimiento, cuanto mas debemos reconocernos indignos de ella; y cesando despues la consolacion, guardémonos de lamentarnos. Cuan-

to mas nos abajemos delante de Dios, tanto mas nos ensalzará Dios y nos favorecerá. Esto es lo que elevó á María á la dignidad de Madre de Dios y Reina de los Santos : ¿cuántos, al opuesto, por no haberse conservado en estos sentimientos de humildad, han perdido la devocion, el fervor y la piedad, y han caido en la extrema humillacion con caidas vergonzosas y mortales?... No olvidemos jamás que quien se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado.

PUNTO III.

De la liberalidad.

Lo 1.º *De la liberalidad mundana...* «Y decia tambien al que lo «habia convidado : Cuando haces una comida ó cena no llares á «tus amigos, ni á tus hermanos, ni á los parientes, ni á los ricos «vecinos, no sea que te vuelvan ellos á convidar, y te lo paguen...» ¿Qué cosa es la liberalidad que ejercitan los mundanos? Una liberalidad de interés ; se da solo por recibir, se da solamente á aquellos que se sabe que lo han de recompensar... Una liberalidad de uso que muchas veces hace murmurar á aquel que os queda obligado, y en la que no entra motivo alguno de caridad y de religion... Finalmente una liberalidad de placer y de ostentacion. Esto es lo que el mundo llama hacer su negocio con honor ; pero á la verdad es abusar del bien de que Dios nos pedirá cuenta, y que tanto nos importa el emplearlo mejor.

Lo 2.º *Recompensa de la liberalidad mundana...* Si en el convidar no tenemos otro motivo que el de cumplir un deber de conveniencia, nuestra recompensa será, ser nosotros tambien convidados de los otros por conveniencia. Si convidamos por interés, corremos riesgo de hacerlos ingratos. Si convidamos por ostentacion, nos haremos amigos de mesa, que en nuestras necesidades mostrarán no conocerlos, y que acaso se burlarán de nosotros en el tiempo mismo que gozarán de nuestros beneficios, como cabalmente se hace en nuestros dias. ¡Ah! hagamos un uso mejor de nuestros bienes. Aprendamos hoy del Salvador á emplearlos de una manera que nos sea mas útil y mas honorífica.

Lo 3.º *De la liberalidad cristiana...* El Salvador añadió... «Mas «cuando haces convite, llama á los pobres, los endeblés, los cojos «y los ciegos...» ¡Ay de mí! ¿quién hay que siga este consejo del Salvador? Los Santos lo han seguido, lo han seguido grandes reyes y otros ; pero si no nos basta el ánimo para convidar á los pobres y

comer con ellos, enviémosles á lo menos de comer á sus casas, démosles á la puerta, ó enviémosles á los hospitales. ¡Ah! si conociésemos nuestros verdaderos intereses y nuestro interés eterno, ¡cuán industriosos seríamos en moderar nuestro lujo y nuestra vanidad, y aun en arreglar tambien lo que necesitamos para tener que dar á los pobres !

Lo 4.º *Recompensa de la liberalidad cristiana...* Añadió el Salvador... «Y serás afortunado, porque no tienen con qué corresponderte : mas te se remunerará en la resurreccion de los justos...» El Salvador sabe lo que sucederá entonces, y cuáles serán las recompensas, porque él mismo regulará las cosas en aquel gran dia. ¡Ah! no pensamos jamás en aquel gran dia, y ciertamente vendrá, y será eterno. ¿Qué será entonces de todo este mundo presente? ¿Qué se habrán hecho nuestras riquezas, y en qué vendrá á parar toda nuestra magnificencia? Todo será perdido para nosotros, y acaso nos hallaremos mas culpados, y seremos mas gravemente castigados. Pero lo que habrémos dado á los pobres se encontrará, y nos será restituido : y ¡oh en qué manera! ¿Quién lo podrá pensar, y quién podrá imaginarlo? Con un convite eterno, con una eternidad de gloria y de delicias.

Peticion y coloquio.

Hacedme digno, ó Dios mio, de aquella recompensa, comunicadme algunos rayos de aquella tierna liberalidad que os animó para conmigo. Animad mi corazon con una caridad sincera y desinteresada para con todos mis hermanos. Enseñadme, ó Señor, aquella leccion divina de humildad que de Vos solo se puede aprender, y para aprenderla humildemente dignaos de enseñármela de una manera que me inspire la práctica y el amor. ¡Ay de mí, ó divino Jesús! estoy mas malo que aquel hidrópico que habeis sanado en casa del fariseo. Veisme aquí delante de Vos, ó Salvador mio : sanad mi orgullo, mi languidez, mi debilidad y la insaciable sed de los bienes y de los placeres y honras de este mundo, para poder ser embriagado de aquel torrente de delicias que gustan vuestros Santos en la eternidad. Amen.

MEDITACION CLXXXIX.

PARÁBOLA DE LOS CONVIDADOS Á UN GRANDE BANQUETE.

(Luc. xiv, 15-24).

1.º Del convite celestial, ó sea de la felicidad del cielo; 2.º de los pretextos de los convidados, ó sea de los obstáculos de la salvacion; 3.º de los convidados al banquete, ó sea de aquellos que son llamados á la felicidad de la patria celestial.

PUNTO I.

Del convite celestial, ó sea de la felicidad del cielo.

Lo 1.º *Del deseo que debemos tener de él...* «Oído esto le dijo uno de los convidados: Bienaventurado aquel que comerá pan en el reino de Dios...» Esto es, bienaventurado aquel que participará del convite eterno de la patria celestial. Bienaventurado sin duda, porque el pan que comerá no será otra cosa que el mismo Dios, de quien será eternamente alimentado y saciado... Hé aquí una de aquellas aspiraciones, una de aquellas elevaciones de corazón que nos debe ser familiar, y uno de aquellos actos de amor y de esperanza que debemos oponer á todos los peligros y á todos los escándalos, á todas las penas y á todas las tentaciones de la vida. Si el mundo nos deslumbra con el esplendor engañoso de sus falsos bienes, harémos caer á tierra el encanto, elevando nuestro espíritu al cielo, y exclamando: ¡*Bienaventurado el que goza de Dios en la eterna morada de la gloria!* Si la carne nos solicita con el amor de los placeres, apaguemos sus llamas impuras con los castos deseos de las delicias celestiales, elevando nuestro corazón hácia el cielo, y exclamando: ¡*Bienaventurado aquel que en el esplendor de los Santos gusta las eternas delicias del amor divino!* Si el demonio nos tienta, si la persecucion nos oprime, si el peso del cuerpo nos abate, si el dolor nos acrisola, si el ánimo y la fuerza nos faltan, una mirada hácia el cielo nos hará victoriosos de todas las cosas y de nosotros mismos. ¿Por qué, pues, somos tan débiles y vencidos tan presto? Porque perdemos de vista el objeto inmortal de nuestras esperanzas, y no tenemos cuidado de llenar de él nuestro corazón. Tomemos, pues, este santo hábito de decir con frecuencia, con un ardiente deseo y con una viva esperanza... «*Bienaventurado aquel que comerá pan en el reino de Dios...*»

Lo 2.º *De la grandeza de esta felicidad...* «Y él le dijo: Un hom-

bre hizo una cena grande, y convidó á muchos...» ¡Oh y cuál será de hecho el banquete que se dará á los justos al acabarse el día de esta vida y al fin del presente siglo! Grande banquete en todas las maneras: grande por el que lo dará, que es Dios; grande por el lugar, que es el cielo y la inmensidad de Dios; grande por la multitud y la nobleza de los convidados, estos son los hijos de Dios, los Angeles, los Santos, los escogidos de Dios de todos los tiempos y de todas las naciones; grande por el orden que allí reina, es la justicia de Dios la que allí regula los puestos; grande por las delicias que allí se gustan, ellas son las delicias del mismo Dios, su vista, su posesion y su amor; grande finalmente por su duracion, que será la eternidad de Dios. ¡Ah! ¡qué felicidad hallarse en aquel banquete divino, delicioso y eterno! ¡qué desesperacion verse excluidos de él para siempre por nuestra culpa!

Lo 3.º *De la bondad de Dios en convidarnos...* «Y á la hora de la cena envió uno de sus criados á decir á los convidados que viniesen porque todo estaba prevenido...» Ya que estaban convidados habrian debido ir al convite por sí mismos sin otro aviso; pero lo que es mas insufrible en su conducta es, que aunque convidados y aunque avisados, todos se excusaron de ir... «Y empezaron todos de acuerdo á excusarse...» Guardémonos de ser de este número. Por nuestro Bautismo somos del número de los convidados; no nos faltan los avisos para disponernos y para ir: el camino para llegar allá lo sabemos, que es una vida santa, recogida, regular y cristiana. ¿No somos por ventura del número de los que se excusan? ¿No nos servimos acaso de los mismos pretextos que alegaron? Examinémoslos.

PUNTO II.

De los pretextos de los convidados, ó sea de los obstáculos de la salvacion.

1.º *Primer pretexto. Adquisicion hecha de una hacienda en la campiña...* Es el primer obstáculo para la salvacion el orgullo, el ocio, los divertimientos y la disipacion... «El primero le dijo: He comprado una granja, y necesito ir á verla; te ruego que me tengas por excusado...» Adquirir, engrandecerse, divertirse, gozar, hé aquí para los mundanos los negocios mas serios que ellos llaman necesarios, y de los que no pueden desprenderse: hé aquí lo que prefieren á su salvacion, lo que les hace olvidar el cielo, despreciar las promesas de Dios, el convite que les hace, y los avisos y

advertencias que les da. Todo es inútil para aquellas almas vanas y frívolas que solo atienden á los placeres y á los divertimientos.

2.º *Segundo pretexto. Compra hecha de los bueyes*; y segundo obstáculo para la salvacion, las ocupaciones, los trabajos y los negocios que ocasionan los intereses temporales... «Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlos: te ruego que me tengas por excusado...» Otra especie de hombres no menos apartados de la salud que los primeros. ¿Cómo pueden tener tiempo para trabajar por su salvacion, siempre oprimidos de cuidados y de trabajos penosos para conservar sus bienes, para aumentar sus rentas y su comercio? ¿Cómo pueden tener el deseo de la salud, siempre inclinados hácia la tierra, no conociendo otro interés, otra felicidad que la de la tierra?

Es verdad que las ocupaciones que forman estos dos pretextos no son absolutamente condenables, como incompatibles con la salvacion. La parábola solamente nos advierte estar en vela por el temor que estas ocupaciones, bien que en sí mismas inocentes, no sean para nosotros, como para tantos otros, un manantial de pecados, una ocasion de infidelidad, y la causa de nuestra perdicion eterna. Lo mismo debe decirse del tercer pretexto.

3.º *Tercer pretexto. Las bodas contraídas*; y tercer obstáculo para la salud eterna, los placeres de los sentidos, los afectos pecaminosos y los hábitos vergonzosos... «Y otro dijo: Me he casado, y por esto no puedo venir...» Un matrimonio legitimo, santo y cristiano nada tiene de opuesto á la salud, y puede antes bien ser un medio para ella. Lo que aparta de la salud son aquellos matrimonios en que solo se busca satisfacer la propia pasion, y gustar los pecaminosos placeres, y en que se contraen horribles manchas con monstruosos excesos. Son aquellas juntas ilegítimas fuera del matrimonio, y á las veces, á pesar de los sagrados vínculos del matrimonio, son todos los pecados de la carne que entorpecen el alma, y hacen odioso el pensamiento mismo del cielo, y el convite de obrar para llegar á él. Con este hábito pecaminoso los miserables no alegan mas excusa para no corresponder al convite, y antes declaran absolutamente que ya no pueden. ¡Ah! desventurados mundanos, avaros y voluptuosos, ¿qué cambio es el que haceis, y qué bienes perdeis? ¡Ay de mí! ¡á qué cólera no provocais vosotros al que con tanta bondad os ha convidado! ¡Qué venganza no tomará de vuestro desprecio!

¿Y no son, por ventura, estos mismos los pretextos que aun en

esta vida nos impiden el comer el pan del reino de Dios, el pan de la oracion, de la meditacion, y el pan celestial de la divina Eucaristía?

PUNTO III.

De los convidados al banquete, ó sea de los que son llamados á la felicidad del cielo.

Lo 1.º *De los que son convidados en defecto de los primeros*... «Y volviendo el criado refirió estas cosas al señor: entonces indignado el padre de familia, dijo á su criado: Sal presto á las plazas y á las calles de la ciudad, y trae aquí dentro los pobres, los tullidos, los ciegos y los cojos...» Los escribas y los fariseos que oian esta parábola no se reconocian de ningun modo en ella á sí mismos, ni pensaban ser ellos aquellos primeros convidados que con sus excusas irritaron á Dios, mientras que el simple pueblo, y bien presto despues los gentiles mismos debian adquirir el cielo con su fe creyendo al Mesías desechado por la Sinagoga. Demás de esto, esta parábola nos presenta otros muchos misterios de sustitucion que se renuevan en el mismo Cristianismo. Apliquémosla á los grandes y á los chicos, á los ricos y á los pobres. Hé aquí, pues, los grandes del mundo, los ricos de la tierra, los voluptuosos del siglo que por sí mismos se han excluido del celestial convite. ¿Creen por ventura estos que por eso no se llenará el cielo? No: tendrán la desesperacion de ver en él personas de la hez del pueblo; gentes que por su renuncia al siglo llegaron á ser viles y despreciables á sus ojos, las verán ocupar sus puestos y gozar las delicias de la eternidad.

Lo 2.º *De los que por fuerza entraron para llenar los puestos vacíos*... «Y dijo el criado: Señor, ya se ha hecho como lo has mandado, y aun hay lugar. Y dijo el señor al criado: sal á los caminos y á las cercas, y fuérzales á entrar para que se llene mi casa...» Los hombres no deben tomar la empresa que no podrian jamás lograr de compeler las conciencias: la gracia sola sin hacer violencia puede cambiar los corazones y convertirlos al bien á que antes tenian horror... Por los pobres recogidos en la ciudad podemos entender el pueblo judáico, y por los pobres recogidos fuera de la ciudad el pueblo de los gentiles: ó sino por los primeros convidados podemos entender la nacion judáica, por los pobres de la ciudad los gentiles de las naciones gobernadas por sus leyes, y por los pobres recogidos por los caminos y cercas los gentiles de las naciones vagamundas y salvajes. Sea como se fuese, esta parábola

nos enseña que el cielo estará lleno, que el número de los escogidos estará completo, y que los que serán excluidos no podrán lamentarse si no es de sí mismos. De hecho, ¿quién podrá quejarse del Señor? ¿Acaso los primeros convidados? ¿Estos que tan fácilmente podían condescender á los replicados convites y avisos? Pero ¿cuáles serán las gracias que le darán los últimos, y cuál será la viveza de su reconocimiento eterno?

Lo 3.º *De los que fueron convidados los primeros, y no quisieron ir...*
«Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que habían sido llamados gustará mi cena...» Palabra bien terrible y juntamente de consuelo, no de otra manera que la conducta de Dios que en ella se nos representa... Dios es bueno y justo para con nosotros: ninguno puede lamentarse de él, sino únicamente de sí mismo. No hay réprobo que no lo sea por su culpa, y que no haya recibido de Dios sobreabundantes socorros para no serlo; porque Dios quiere la salvacion de todos los hombres, y para esto los ha criado; pero muchos resisten á sus convites, y por sí mismos se condenan... Dios está lleno de misericordia y de compasion: en cualquier estado en que podamos hallarnos de infidelidad, de ceguedad, de abandono, nos convida aun, nos solicita, y para traernos á sí emplea los medios externos é internos que pueden vencer la dureza de nuestros corazones. Por esto estemos atentos por una parte á no desechar sus primeros llamamientos; y por otra, esperemos siempre, correspondamos á las gracias que se nos dan aun, y temamos que nuestra obstinacion nos lleve finalmente hasta la muerte.

Peticion y coloquio.

¡Ay de mí! ó Señor, ¿no tengo yo por ventura temor, y mas que otro alguno, de ser excluido de vuestro celestial convite? Yo solo ¿no soy por ventura mas culpable en los obstáculos que frecuentemente opongo á mi salvacion, que aquellas tres suertes de hombres, que bajo especiosos pretextos han recusado el participar de la cena del padre de familia? Con los primeros he sido convidado con una gracia de vuestra predileccion; pero ¡ay de mí! me he excusado, y he atendido á todos los demás negocios fuera del de mi salvacion: muchas veces he respondido en el furor de mi pasion que no podía, y que estaba con necesidad de seguir mis inclinaciones. Con todo eso, no obstante mi ceguedad y mi pobreza en el despojo de todos los bienes espirituales en que me he hallado, Vos me habeis llamado aun, convidado y conducido con vuestra gracia: pero ¡ay de

mi! yo, Señor, he andado muy léjos de Vos. Finalmente, en el gran camino de la perdicion por las cercas, esto es, avergonzado de remordimientos y de penetrantes reprensiones, me he visto como forzado interior y exteriormente á volver á Vos. ¿Cuál, pues, debe ser mi reconocimiento para con Vos, ó Dios mio? ¡Y cuál sería mi delito si no perseverase en vuestro santo servicio, y si viniese aun á hacerme indigno de entrar en el celestial convite á que Vos me solicitais que asista con tanta bondad, paciencia y misericordia! Amen.

MEDITACION CXC.

DEL VERDADERO DISCÍPULO DE JESUCRISTO.

(Luc. xiv, 25-27).

Jesús continuó á enseñar en la Galilea, y principalmente en los lugares donde no había estado aun. Aquí fue seguido, como por costumbre, de un gran concurso de pueblo, al que expuso cuáles son las condiciones que exige de aquellos que quieren ser sus discípulos, y sin las cuales en vano se lisonjearian de ser de este número. Cuatro les nota que deben ser para nosotros materia de un sério exámen: 1.º aborrecer los propios parientes; 2.º aborrecer la propia vida; 3.º llevar la propia cruz; 4.º caminar detrás de él.

PUNTO I.

Aborrecer los propios parientes.

«É iban con él muchas turbas; y volviéndose, les dijo: Si alguno no viene á mí, y no aborrece á su padre y madre, y mujer é hijos, «y hermanos y hermanas, y hasta su vida, no puede ser mi discípulo...» Examinemos ahora aquí la primera de las dos condiciones contenidas en estas palabras, que es el odio de los parientes. Fuera de los que aquí están nombrados comprende tambien este odio todos los otros parientes, los protectores y los mas íntimos amigos. El término de aborrecer es en sí bastante fuerte, no para significar que debemos hacer ó deseales el mal, sino para manifestar el ardor, la fuerza y valor con que debemos hacerles frente si se oponen á nuestra salvacion; si nos impiden el abrazar el estado á que Dios nos llama, y quieren empeñarnos en aquel á que Dios no nos llama; si nos impiden el abrazar la verdadera fe, y si se esfuerzan á mantenernos ó á empeñarnos en el error. Pero estas oposiciones son raras hoy en día, y acaso con mas frecuencia sucede que se aborrecen el padre, la madre, la esposa, los amigos, por-